



Gabriela en Collado de la Vera

Por CARLOS SANDER

ESTOY en Extremadura. Recomiéndolo. Trazando su cuerpo antiguo, veraz, lúcido, marcado de días meteorológicos.

He venido en peregrinación sentimental. Tal vez a devolver la vida que nos hicieron hace siglos los valientes campesinos, los humildes señores. A pensar en las cosas más que desahucio en los horizontes de Trujillo, Mérida, Plasencia, Villavieja de la Sierra.

La "vera" de la bella Extremadura está ante mis ojos, que se encantan en sus montañas y en sus valles. Los pueblos de la "vera" son pequeños blancos cascos que viven rodeados en la vera de la Sierra de Gredos.

Luzar tapizado de bigorníes. Aquí está Jaramilla, con su famoso castillo, donde vivió don Álvaro de Espada y V. de Almaraz, antes de irse a América de Nueva. Más allá Almaraz de la Vera y después Cáceres de la Vera, que es casi el umbral del viejo prometido, que se aleja adivina, recostado entre colinas y árboles.

En Cáceres está la casa de Jerónimo, donde pasó sus recuerdos un joven pálido y bello que debía pasar a ser don Juan de Austria, gran señor de batallas y experiencia frente del estado católico del César de Europa. El quinto, tercio conra, al unido de su del Luis Quijada y de su esposa doña Magdalena de Ulloa. La casa conserva todo el alito de esas cosas. Una vitral de alba pelo la cuida. Es tan antigua y bella como la ruina.

A lo lejos se divisa otro pueblito variado: Jaramilla de la Vera. Son seis, ocho, diez pueblos blancos y sencillos, que viven como adormecidos en ese gran seno histórico que es la Sierra de Gredos. No se puede decir la belleza de este paisaje. No es extraño que Carlos, Emperador de Europa, ante campo de tanto poder, al contemplar los escudos, las pequeñas torres, las ruinas altaneras y recibiera en su rostro la fría brisa, respirara hondo y pensara que esta tierra era el umbral por su grande campo de tanto viaje y guerra, por su corazón desahucio y donde guardaban como púgil los hombres problemas de esa hora.

El sol está alto. A mi lado está una mujer de Extremadura. De gran porte, los blancos, cabellos negros,

y hacer hombres y mujeres que puedan mañana seguir la huella de los grandes capitanes.

Por encima de todo es poeta. Y algo más. Veo en la vida y la obra de Gabriela Mistral, nuestra poeta y nuestra nuestra campesina. Las gentes sencillas le dicen "la Mistral Extremadura". Y por el recuerdo de la nuestra poeta chilena nació nuestra amistad y el deseo de que el nombre de Gabriela quedara inserto en forma permanente sobre la frente toral de la "vera".

Ambos techamos por que el grupo escolar del pueblo Collado de la Vera llevara el nombre de la poeta chilena. Fuera mejor de luchas y tristezas, hasta lograr que sea gran amigo de Chile, el Director de Enseñanza Primaria don Joaquín Tena Artigas, acogiera al proyecto y en día de emocionado recuerdo se bautizara dicho grupo escolar con el nombre de la gran chilena, en nombre extenuado. Y hoy caminamos hacia Collado de la Vera para contemplar una vez más el pueblo cuyo grupo escolar "Gabriela Mistral" se parca en el corral de Extremadura y "evita sus muros que absorben a doctores de niños iberos".

Gregoria Collado se detiene en un alamo. Su alta figura, su mirada aguda, tiene algo de Gabriela. Tiene en su rostro y esa melancolía que de improviso en vientos sus paisajes. Es como si el alma de Gabriela se hubiera trasladado a su alma. También el paisaje es sorprendente: este valle de la "vera", el verdor de sus árboles, la altura de los senderos, el murmullo de los arroyos, those ruidos del Valle de Elmi y esos pueblos parecen ser Vauca, Montgrado, etc. Chile y España son este instante una sola zona, un latido poderoso, melancólico en poesía forestal. A lo lejos un pastor infantil cuida el rebaño. Más acá, algunas campesinas caminan cantando trovas regionales y yo me siento en Chile, cerca del territorio de Gabriela, que parece murmurar:

Un día suelta siempre cerro.
Ha crecido años que lo siento.
Es costumbre de mi sangre
o bien un ritmo que me dieron.
O el río Elqui de mi infancia
que me repecho y me rodea.
Nunca lo pierdo; pecho a pecho,
como dos niños, nos tenemos.

Estamos en Collado de la Vera, pueblo como hecho por un mago. Tal es su extraño encanto. Casas blancas y cuidadas, gentes de rostros abiertos y ojos sencillos al veranos pasar. Campesinos y campesinas que tienen almas de señores y que viven una vida sencilla, tapados de trigo y de leche, de estrellas y ríos.

Hemos sido el grupo escolar "Gabriela Mistral". Nos detenemos ante su portón, abierto y luminoso. Está dividido en dos secciones, para niños y niñas.

Entramos. Pensamos en el triunfo de un sueño logrado. Nuestro recordito deseo de que Gabriela fuera la maestra de estos niños de la "vera" está cumplido.

De improviso nuestro silencio es turbado por una dulce sorpresa. Varias decenas de niños y niñas salen de la escuela y nos rodean. Son todos de esta edad. Vestidos con blancos delantales. Sus rostros bellos e ingenuos sonríen tanto a la tarde. Ya conocen a Gabriela y vocan su nombre alegremente.

Yo siento que muy adentro tengo una emoción. He visto al mirar este cuadro bello. Es como si ellos me habieran de la verdadera unidad de España y Chile. A través de nuestra poeta insignia, como si con sus minutos puras derrocharan las maravillas del odio, que fervorosamente levantan algunos hombres. Los contemplo como al más bello paisaje de Extremadura. No hablo. Apenas si me sonrío. Estoy lleno de bondadosa frente al corral infantil. Conozco la justicia de haber malcomunado mi esfuerzo con Gregoria Collado para lograr que el nombre de Gabriela viniera a iluminar a estos niños campesinos.

Entramos al grupo escolar. Son solos sus capillas, simples, llenas de luz.

La casa de los maestros parece un pequeño castillo. Es una celda donde el monje preparara sus ritos y sus sermones.

En una de las salas principales está el retrato de Gabriela Mistral, que Jorge Delgado hizo con sus manos de artista.

Su effigie emerge junto a la tarde ya en crepusculo y me trae el recuerdo de una vez que la vi, junto a los niños de Chile, con esa misma mirada de alegría y pena, de angustia y triunfo. Los niños que tengo en derredor me parecen los alumnos de mi patria austral.

Salimos del recinto. Siempre rodeados de los niños y las niñas. Miramos hacia la "vera" que entrega su paisaje diferente. Un día en destitución, un sol lineal dando a la Sierra de Gredos y cubriendo al agua de los hondos con fulgores agostados. Allí lejos, el monasterio de Yuste se alzan y cuando el fantasma de Carlos I de España y V de Alemania —que en su celda piensa en su mundo distante y vea sus oraciones nocturnas.



ojos dulces y valerosos. Es una soñadora. Ama la poesía y el movimiento. Gregoria Collado, como inspectora de Enseñanza Primaria de Cáceres, es la valiente capitana de toda la obra educativa que se hace en los pueblos de la "vera". Los niños y las niñas de la escuela recorren la historia, hablando con las maestras de otros campesinos, solucionando problemas y después hablando de Extremadura, pidiendo para esa zona y practicando su Biblia sagrada e íntima, que le dice que hay que educar a los niños, para que sean la luz verdadera, que hay que sembrar en humanos surcos

Gabriela en Collado de la Vera [artículo] Carlos Sander.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sander, Carlos, 1918-1966

FECHA DE PUBLICACIÓN

1959

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Gabriela en Collado de la Vera [artículo] Carlos Sander.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile